

El mes artistico

Porteñas: algo único

Valparaíso ha sido tema, con su sinuoso dibujo y sus áureas luces, para muchas paletas, desde las marinas de Somerskals, hasta las casitas de los cerros, de Juan Francisco González y las flores de Alfredo Helsby.

Pero esa ciudad, que daba el tema, no producía los artistas, absorbida, al parecer, por su mercantilismo.

Un generoso grupo de artistas porteños, encabezados por el pintor Mosella y su hermano, el escultor y por Jorge Madge, concibieron la idea de aunar sus entusiasmos en un solo haz y hacerlos tender a un mismo fin: la creación, en Valparaíso, de la Escuela de Artes Plásticas.

Como base no había sino el decreto ley que destinaba a fines culturales un tanto por ciento de los ingresos de juego en el Casino de Viña del Mar. Su Alcalde, que es a la vez pintor, Sergio Prieto, patrocinó la tentativa. Y el sueño se hizo carne de realidades.

¿Contra quién o contra qué hubieron de luchar, sobre todo, estos innovadores? ¿Cuáles fueron los intereses o los prejuicios que se les opusieron? En primer lugar, el marasmo ambiente que nos hace pensar y creer con la sinceridad y buena fe de los ignorantes, que el arte sigue siendo una planta de lujo y de adorno, en una nación. ¿Si no hay suficientes hospitales, como podrían distraerse rentas a fines de beneficencia, para incrementar afanes puramente estéticos? Y los que tal dicen son el mejor

exponente de que, antes de nuestras necesidades materiales, están todavía nuestras necesidades espirituales, ya que en esta copia feliz del Edén, llamada Chile, mala copia hasta ahora, la raza y el individuo no desaparecen tanto de inanición y pauperismo, como de carencia de ideal y de alicientes para progresar. Se puede subsistir, casi sin existir. Y, en verdad, es vegetativa la mayor parte de nuestra existencia en nuestra patria, donde el vicio reemplaza lo que debiera darnos la imaginación.

Por eso, con una falta de fantasía, a la altura del medio, la opinión adversa redargüía que el hombre sólo vive de pan. Y como Judas, en el Evangelio, criticaba a Magdalena que pudiera gastar en bálsamo para los pies del Señor, los dineros de los pobres. No perdamos nunca de vista lo que el Señor le responde: «A los pobres les tendréis siempre y a mí no me tendréis».

Estiman los burgueses, con una falta de intuición que en ellos se ha atrofiado y no se ha desarrollado en el pueblo, que el arte es puramente decorativo y no se dan cuenta que va íntimamente unida al desarrollo industrial y a la riqueza de una colectividad. En este sentido, nada hemos progresado desde los tiempos en que don Pedro Montt, senador de la República, decía al pintor Thompson, que le solicitaba su voto para ir pensionado al extranjero:

—Usted irá, por ser hijo del héroe: pero por ahora necesitamos ingenieros, agrónomos y arquitectos y no artistas.

Hoy no se concibe ya la arquitectura fuera del arte, ni en realidad lo ha estado nunca. *La línea más bella será siempre la más económica y la más cómoda.* Esto solo, que puede sentarse como un axioma, le devuelve al arte toda su trascendencia vital.

En fin, contra viento y marea, puesto que de un puerto se trata, salió avante Valparaíso, con su iniciativa de crear un organismo de preparación artística. Y en un año los resultados superan cuanto pudo soñarse. La experiencia que se acaba de cerrar y a la cual concurrieron unos cien alumnos de la nueva

escuela, casi todos aprendices, fué la revelación del temperamento que dormitaba en el primer puerto de la República y germinaba de un golpe, en una magnífica floración. Había entre esos autores y esas obras, algunos que desorientaban a sus propios maestros y nos recordaban la sorpresa que le produjo a Madrid, capital de la pintura hispana, una demostración semejante hecha por los alumnos de las escuelas de México. Berta Acuña, Raquel Cepeda, Nena Labarca, de doce años; José Drago, Andrés Clement, en la escultura y otros muchos se revelaban como el más nutrido contingente que certamen alguno chileno hubiese brindado al porvenir.

Y esto si es hacer patria. Por eso resulta tan meritoria la dirección de Agostino Bastiancig, compañero de Plestrovic en la Escuela de Bellas Artes de Viena, ingeniero, arquitecto y urbanista, profesor de perspectiva, de artes plásticas y de dibujo técnico, y la de sus tres maestros profesores, dejándole toda iniciativa a los alumnos, facilitándole solamente, los recursos técnicos y permitiendo desarrollarse en ellos eso que en casi toda escuela muere, que se llama la personalidad y es el secreto y la razón de ser de la vocación.

Hay procedimientos, como el de croquis desde diferentes ángulos, que permite a los alumnos reconstruir después, con su ayuda, un total monumental. Hay la inclinación hacia los diseños para vitrales. Hay las deformaciones de un simple triángulo, para combinar modelos nuevos para la industria: el hierro forjado, la tapicería, la encuadernación. Y todos los artistas han de pasar por esa preparación técnica y además de ser pintores, podrían ser, si quieren, grabadores, forjadores, artífices, tapiceros o maestros vidrieros.

Los proyectos para el futuro son más ambiciosos y ya aparecen autorizados por esta magna demostración de eficiencia, se desearía confederar en este organismo llamado Instituto de Bellas Artes, de Aconcagua, todas las actividades intelectuales: talleres y oficinas, ya se han sumado a él los arquitectos, que organi-

zaron los primeros salones en Valparaíso, el Círculo de la Prensa, que los albergó a menudo, el Instituto de Urbanismo, la Asociación de Artistas Plásticos. Ya el consejo de Bellas Artes ha delegado al decano de su facultad para asesorarle. Se confía que escritores y músicos lo integren. Que puedan llevarse a cabo conciertos, con regularidad y que se establezca una iditorial literaria y se funde un órgano de publicidad y propaganda. Finalmente se piensa en adquirir para todas estas manifestaciones de la cultura porteña, una de las más adecuadas residencias, de la más idóneas: el palacio y parque Vergara. El solo parque es ya un muestrario, un museo de árboles. La colección de la pinacoteca Vergara-Errázuriz sería la base de un gran museo.

Y los turistas que acuden de todas partes del país a Viña del Mar, y de otros países, ya no hallarán el solo incentivo de la ruleta, sino elementos de esparcimiento para el espíritu. Podrán ver exposiciones y asistir a conferencias. Visitarán una escuela instalada como sólo puede estarlo la Villa Médicis de Roma.

Todo esto ha de ser, porque obedece a la inflexible lógica de los tiempos y al imperativo de nuestra salud pública. Comité de salubridad, debiera llamársele a este del Instituto de Bellas Artes, de Aconcagua.

¿Cuál ha de ser su fruto? La lenta y segura regeneración del temple del carácter nacional, relajado por la incuria. Eso, repito, es hacer patria y quien a ello se oponga, antes que de torpe, de mal patriota ha de ser tildado.

Ese arrabal de Valparaíso, que viene a ser Viña, será su desahogo, sin por eso quitarle toda su capitalidad. Medios gratuitos de locomoción llevarán a profesores y alumnos. Y se roturará su ánimo, a todo lo largo del maravilloso trayecto, con los efluvios del mar y los destellos del puerto.

¡Mi hermoso Valparaíso! ¡Al fin vas a reencarnar tu propia alma, cautiva, hasta hoy, de los malos encantadores!